

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXII

Agosto-Septiembre de 1945

Núm. 242-43

## Puntos de vista

La Paz

*L*A paz está de nuevo sobre la tierra. La firma de la rendición del Japón, efectuada al iniciarse el mes de septiembre, sella en forma definitiva la suerte de los países que realizaron la más trágica aventura de que hay memoria en el mundo. Concertados para imponer sobre la tierra el credo de la fuerza y de la violencia, sin comprender que el hombre no puede tolerar ni lo uno ni lo otro, cayeron sucesivamente vencidos ante las democracias. Era natural que así ocurriera pues lo contrario hubiera sido erigir sobre el mundo la era de la agresión y de la barbarie.

La paz está, pues, de nuevo aposentada en la tierra. La paz por la que tanto suspiraron los pueblos encadenados y maltratados; la paz que pedían los niños y los ancianos y las mujeres sobre los cuales cayó a torrentes la muerte mecanizada y dirigida por los que quisieron ser los amos del mundo.

Pero esta paz deberá ser mantenida ahora como el mayor tesoro de que puede disponerse. Es sin duda una paradoja, pensar de esta manera, puesto que no tendría razón alguna de ser la existencia humana, si ella no estuviera alimentada por la paz. Desde hace siglos se viene buscando una ecuación que permita acabar con las guerras. Y no ha sido posible encontrarla. Los períodos pacíficos han demostrado cuan profundamente la naturaleza humana se acomoda a los beneficios de esa ley de solidaridad en la cual

la creación alcanza sus más grandes etapas. En ella crece la industria, se propaga la alegría en la creación artística y el trabajo alcanza sus más altos dones. Pero sobrevienen luego los días trágicos de la demencia y todo lo que con tanto sacrificio ha sido levantado es destruído rápidamente.

Queremos suponer que las realidades que sobrevengan ahora en el terreno de la competencia entre las grandes naciones no acarreen nuevos y dolorosos días a la humanidad. Lo que importa es salvar el patrimonio de la cultura, no exponiéndola de nuevo a la furia de la destrucción. Las potencias que tuvieron en sus manos la conducción de la guerra, que manejaron la victoria hasta arrojarla sobre sus adversarios, liquidándolos o destruyéndolos, tienen también una responsabilidad enorme contraída con el futuro. De ellos depende que la paz sea duradera, o por lo menos que los fantasmas sombríos de la guerra se alejen cada vez más de la tierra. La firma de convenios o de tratados o de cartas de naciones unidas, cartas de nada puede servir si esa firma no está sostenida en la voluntad inquebrantable de ser superiores a las pasiones que crean las rencillas de orden material o a las soberbias agresivas a que da origen la prepotencia o el orgullo de doctrinas que se creen mesiánicas o superiores a la simple y pura confraternidad universal.

La posición de América es singularmente propicia para que sea la gran rectora en el futuro del mundo. Pero para llegar a este ideal, también es preciso y ocaso urgente, deponer rencillas domésticas, pequeñas arrogancias de fronteras y dedicar todo su esfuerzo a crear la unidad espiritual, fortalecida en una verdadera conciencia de trabajo. Si la América hispana hubiera mostrado un frente compacto o una línea vigorosa de grandeza moral quizá si las decisiones que se han tomado en las conferencias de naciones hubieran tenido otra dirección y otro rumbo. Pero América mostró en muchos de sus pueblos, fermentos oscuros, amor a la violencia, a la agresión y hasta en algunas partes se dió el caso monstruoso de que se aplaudieran los regímenes totalitarios o sea, los regímenes de la violencia:

*América ha soportado pruebas muy duras durante esta guerra. Esperamos que la experiencia le demuestre que nada es superior a la libertad y a la cultura y que estas dos formas supremas de la vida sólo pueden fortalecerse mutuamente y resistir todos los quebrantos, aún los más trágicos, cuando el hombre y las colectividades son capaces de sufrir por ellas los más duros sacrificios.*